

A la memoria desgraciada del joven literato Don Mariano José de Larra

Ese vago clamor que rasga el viento  
Es la voz funeral de una campana:  
Vano remedo del postrer lamento  
De un cadáver sombrío y macilento  
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,  
Y dejó su existencia carcomida,  
Como una virgen al placer perdida  
Cuelga el profano velo en el altar.  
Miró en el tiempo el porvenir vacío,  
Vacío ya de ensueños y de gloria,  
¡Y se entregó a ese sueño sin memoria,  
Que nos lleva a otro mundo a despertar!

Era una flor que marchitó el estío,  
Era una fuente que agotó el verano;  
Ya no se siente su murmullo vano,  
Ya está quemado el tallo de la flor.  
Todavía su aroma se percibe,  
Y ese verde color de la llanura,  
Ese manto de yerba y de frescura,  
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,  
Sobre la tierra que habita  
Es una planta maldita  
Con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria  
Donde no llegue a tu cegado oído  
Más que la triste y funeral plegaria  
Que otro poeta cantará por ti.  
Ésta será una ofrenda de cariño  
Más grata, sí, que la oración de un hombre,  
Para como la lágrima de un niño,  
¡Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo  
De los poetas mansión,  
Y sólo le queda al suelo  
Ese retrato de hielo,  
Fetidez y corrupción,

¡Digno presente, por cierto,  
Se deja a la amarga vida!  
¡Abandonar un desierto

Y darlo a la despedida  
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el no ser  
Hay un recuerdo de ayer,  
Una vida como aquí  
Detrás de ese firmamento...  
Conságrame un pensamiento  
Como el que tengo de ti.

ZORRILLA, JOSÉ